

INGLATERRA Y LOS INGLESES, VISTOS POR UN CRONISTA CASTELLANO

EN el campo riquísimo de la Historiografía española, grande y variado como un continente, en el que todavía quedan verdaderas tierras vírgenes y regiones apenas descubiertas, tengo acotada para mi estudio y mi recreo (por supuesto, sin ninguna especie de monopolio) una pequeña parcela. Son las crónicas castellanas de la baja Edad Media y del primer Renacimiento; es decir, del siglo xv y sus aledaños.

Este jardín de mi elección es como un hermoso parque natural, a trechos imperfectamente cultivado, a trechos intacto. No faltan en él matorrales y ortigas. Pero es tierra fértil y generosa, en la que medran sin demasiado esfuerzo robustos árboles y fragantes flores. Rebuscando entre éstas he querido formar un pequeño y rústico ramo, seleccionando algunas referencias a personas y cosas de Inglaterra, contenidas en un grupo de estas crónicas que he publicado ya o tengo en estudio.

Siendo la Historia escrita una cosa tan vieja, en la que se han empleado todos los pueblos progresivos desde los primeros balbuceos de su civilización, la Historiografía, como estudio metódico de los textos históricos, es una ciencia muy reciente. Con ella pretendemos analizar las fuentes narrativas, es decir, los textos escritos con la intención de narrar sucesos históricos, hasta conseguir la determinación exacta de su autenticidad, del autor y sus circunstancias, del lugar y la fecha de su redacción, de su transmisión manuscrita y, en función de todos estos factores, de su veracidad y valor informativo.

Otra cosa es el valor literario de estas añejas narraciones. A él quiero atender aquí, preferentemente. Y como un homenaje al humor inglés, del que constituye una de las más antiguas referencias en la literatura española, empezaremos con un texto de la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Fernando del Pulgar.

En la guerra de Granada, que pone fin a la Reconquista y a la Edad Media española, se distinguió un noble inglés: lord Scales, Earl of Rivers, que nuestros cronistas llaman el conde de Escalas. Pulgar nos cuenta cómo en el año 1486, «con propósito de servir a Dios y al Rey e la Reina, vino del reino de Inglaterra un caballero que se llamaba conde de Escalas, hombre de gran estado y de la sangre real, y trajo en su compañía hasta cien ingleses, arqueros y hombres de armas, que peleaban a pie». En el combate por los arrabales de Loja, «aquel conde de Escalas, con los flecheros y hombres de armas a pie que traía, se aventuraban a los lugares y casos peligrosos». Tanto, «que fué herido de dos heridas este conde de Escalas, la una en la boca, que le derribó dos dientes; y fueron muertos algunos de los ingleses que con él estaban».

Tomada la plaza de Loja, la Reina Doña Isabel, que estaba en Córdoba, «envió muy ricos e grandes dones a aquel conde de Escalas, inglés; entre los cuales le envió dos camas de ropa guarnecidas, la una con paramentos de brocado de oro, e doce caballos, e ropa blanca, e tiendas en que estuviese, e otras cosas de gran valor».

«El Rey asimismo le fué a visitar a su tienda, e a le consolar por las llagas que en los combates avía recibido, especialmente de los dos dientes que le avían botado de la boca. E díxole que debía de ser alegre, porque su virtud le derribó los dientes que su edad o alguna enfermedad le pudiera derribar. E que considerando cómo y en qué lugar los perdió, más le facían hermoso que disforme; e mayor precio le daba aquella mengua que mengua le facía aquella ferida.»

«Aquel conde dixo que daua las gracias a Dios e a la Virgen gloriosa su Madre porque se veía visitado del más poderoso Rey de toda la cristiandad. E que recibía su graciosa consolación por los dientes que avía perdido; aunque no reputaba mucho perder dos dientes en servicio de Aquél que se los avía dado todos» (1).

* * *

Si el episodio del conde de Escalas era ya conocido, puedo ofrecer otro inédito: el proyecto de casar a Enrique V de Ingla-

(1) *Crónica de los Reyes Católicos*, por su secretario, FERNANDO DEL PULGAR. Volumen II: «Guerra de Granada». Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo. Madrid, Calpe, 1943; págs. 213, 221, 222, 226 y 227.

terra con una princesa española. Lo tomo de la versión original de la *Crónica de Juan II de Castilla*, por Alvar García de Santa María, cuya edición estoy preparando con un manuscrito de la Biblioteca Colombina, otro de la Biblioteca Nacional de París y otro de nuestra Academia de la Historia.

La Casa de Inglaterra, manteniendo su enemiga contra los Trastámara de Castilla, por las razones que veremos después, tomó partido por el conde de Urgel y contra Don Fernando el de Antequera, cuando Aragón quedó sin rey por muerte de Don Martín el Humano y dichos príncipes se disputaron la sucesión. El de Urgel encargó a don Antonio de Luna y a mosén García de Sesé «que fuesen de su parte al duque de Clarencia, hijo del rey de Inglaterra, que en esa sazón era en Burdeos, para traer trato de casamiento entre el duque de Clarencia con hermana del dicho conde Urgel, e para traer alianza entrellos para ser contra el Rey... E concertaron sus fechos en manera que se igualaron, e prometióles su ayuda. E diz que igualaron el trato de casamiento de su hermana del conde con el dicho duque; e que el dicho conde tomase título de rey» (2).

Vinieron, en efecto, unos mil combatientes ingleses y gascones. De ellos, un grupo de doscientos hombres de armas, arqueros y ballesteros, al mando de un capitán Basilio, fueron derrotados en el Alto Aragón, por los partidarios de Don Fernando, en la mañana del lunes 10 de julio del 1413, quedando prisionero su capitán (3).

De las restantes fuerzas inglesas, una parte regresó a Gascuña, y los demás se encerraron con el conde de Urgel en la ciudad de Balaguer, en la que muy pronto quedaron cercados por las fuerzas castellanas y aragonesas del Rey Don Fernando.

Este cerco de Balaguer, que duró del 5 de agosto al 31 de octubre de 1413, está contado minuciosamente en la *versión inédita* de Alvar García. El valor de este relato puede apreciarse con los dos episodios siguientes:

«*Capítulo 262.*—El Rey envió a mandar a Juan Hurtado de Mendoza e a don Juan de Luna que tirasen con el ingenio mayor a los palacios del conde, en el castillo. E ti-

(2) Manuscrito 85-5-24 de la Biblioteca Colombina, folio 189 vuelto.

(3) Manuscrito de la Colombina, folio 194.

raba el ingenio, e daba en los palacios del conde con unas piedras tan gruesas, de ocho quintales, que no había casa donde daban que no pasasen fasta el suelo postrimero. E desde que la infanta, tía del Rey, muger del conde, e sus doncellas, veían esto, habían muy gran miedo, a maravilla.

»E envió decir la infanta al Rey que le pedía por merced que mandase que no tirasen con el ingenio do ella e sus doncellas estaban, por cuanto estaba preñada. El Rey, acatando el gran deudo que con ella había, como era hombre mucho movido a piedad, e porque sabía que la infanta, su tía, no era culpante en los yerros del conde, porque si él quisiera creerla no se pusiera a facer yerro, por ende dijo que le placía escusar el tirar do ella estaba. E que le enviase decir e señalar la cámara donde estaba, e que él mandaría que no tirasen a ella. E así lo mandó a Juan Hurtado e a don Juan, que señalando a do estaba que guardasen aquella cámara.

»Ella envió a decir a estos caballeros que tenían el ingenio que do viesen a una su doncella subir en un tejado, con un pendón blanco en una lanza, que allí no tirasen. Estos caballeros mandáronlo así; e cada vez que el ingenio había de tirar, se paraba una doncella encima de la cámara do la infanta estaba, con una manga de camisa blanca por pendón en una lanza, e allí guardaba, e dejan de tirar ende» (4).

«*Capítulo 270.*—El Rey, habiendo voluntad de allegar las bastidas al real del castillo de la ciudad, mandó a don Enrique, el que dijimos en las historias antes de ésta que fué maestre de Calatrava —el muy famoso don Enrique de Villena—, que fuese a medir la caba —el foso—, porque si el escala fuese corta que la creciesen antes que se llegase a la caba. E don Enrique fué a medir la caba; e como se preciaba del astrolabio, llevó su astrolabio consigo.

»E quiso medir la caba por su arte del astrolabio, e falló que según su medida que sería corta el escala. E cuando vino al Rey, dijoselo.

(4) Manuscrito de la Colombina, folio 204.

»El Rey tuvo que ovo yerro en la medida, e que la no supo medir. E por ende mandó al mariscal Alvaro que la midiese. Echaron encima de la torre un dardo atado con una cuerda, e supieron que el altura de la torre; e midieron la caba, e así sacaron la medida. E fallaron que el escala era asaz larga. E do el Rey estaba enojado, que aún temía que el escala no llegaba, e le vinieron a decir que era cumplida, ovo placer. E dijo a don Enrique:

»—Echar vuestro astrolabio en remojo, pues tan mal sacó la medida» (5).

* * *

El cerco de Balaguer iba muy mal para los cercados, que sólo resistían por la indomable tenacidad del conde de Urgel; mejor dicho, de su madre, encerrada también en la ciudad, que ha pasado a la Historia caracterizada por aquella lacónica e irrevocable consigna: *Fill, o rey o res* (Hijo, o rey o nada). Los auxiliares extranjeros acabaron por abandonarle: eso sí, decorosamente.

«Capítulo 284.—El conde tenía algunos capitanes de ingleses, que habían venido a lo servir a su sueldo; e ellos veían que lo pasaban mal de hambre, que no podían haber moliendas, ni había carne, ni les daban sueldo. E habíanle muchas veces afincado que pues no les daba sueldo ni tenía de qué se los dar, que les diese licencia para que se fuesen a sus casas. E ellos en tanto enviaron a decir al Rey que los asegurase e que les diese salvoconducto para se ir a sus tierras, e que saldrían.

»Al Rey plugo de ello. E ellos, que veían que tenían ganada la ida del Rey, procuraron de salir con licencia del conde. El conde habíales dado de vestir, e deteníalos cuanto podía; e en que no los pudo detener, dióles licencia que se fuesen. E salieron al Rey, en domingo quince días de octubre, treinte y seis ingleses con su licencia, y otros veinte sin ella... El Rey dió salvoconducto a los ingleses que se fuesen a sus reinos. E díjoles:

(5) Manuscrito de la Colombina, folios 206 v. y 207.

»—Pues vos perdoné, id con mi seguro, e de aquí en adelante no seades osados de entrar en mis reinos, sinó sed ciertos que vos yo castigaré por manera que a los que lo oyeren sea ejemplo.

»Ellos se lo tuvieron en merced, e fuéronse dende para su tierra (6).

»Pero de esta vez sólo salieron, al parecer, los capitanes de los ingleses. Los demás siguieron dentro de la plaza, hasta que se rindió el conde de Urgel, el 31 de octubre de 1413. Salieron al Rey los ingleses todos que ende estaban con el conde, que habían venido a le servir a su sueldo. E vinieron al Rey, e dijéronle:

»—Señor, nos vinimos aquí a sueldo del conde, a le servir, y ahora somos aquí a la vuestra merced, prestos para vos servir e facer vuestro mandado.

»E el Rey respondióles:

»—Yo vos he ya perdonado, e darévos mi salvoconducto para que salgades de mis reinos. E de aquí adelante sed castigados, e non vos acontezca otra vez, sino sed ciertos que si en mis reinos entrades por tal semejante manera, que vos yo castigaré por tal manera que sea siempre exemplo a los que lo oyeren (7).

»E así se fueron con su salvoconducto.»

* * *

Terminada la guerra civil aragonesa, y asentado sólidamente en su trono Fernando I, después de las magníficas fiestas de la coronación que se celebraron en Zaragoza, hubo un intento para enlazar con una alianza matrimonial la casa de Láncaster con los Trastamara de Aragón, mediante la boda de Enrique V con la hija mayor de los Reyes aragoneses. El proyecto era lógico y oportuno desde el punto de vista inglés, pues se trataba de compensar con esta alianza aragonesa la alianza castellana de los reyes de Francia. Cuando, además, la infanta Doña María era, desde todos los puntos de vista, un excelente partido. De ella podía esperarse una

(6) Manuscrito de la Colombina, folio 212.

(7) Manuscrito de la Colombina, folio 220.

dote semejante a la que por entonces llevó su prima y cuñada María de Castilla : 200.000 doblas de oro, con las que Alfonso V pudo ser en Nápoles uno de los grandes impulsores del Renacimiento.

Nos cuenta Alvar García que «estando el Rey de Aragón en Monblaque, en sus cortes, vino a él un inglés que le decían mosén Juan, que era hermano de Gautor, señor de Casarrubios del Monte, que es cerca de la ciudad de Toledo; e venían con él fasta veinte cabalgaduras. E venían a el Rey a le decir cómo Casarrubios del Monte le pertenecía por herencia de su hermano, y que el dicho lugar de Casarrubios tenía Diego Fernández de Córdoba, mariscal del Rey, que lo ovo por parte de su mujer. El Rey le respondió que su derecho le sería guardado.

»E como quiera que él mostró que venía por esto, comenzó a tratar casamiento del rey de Inglaterra con Doña María, hija del dicho Rey de Aragón. E por quanto para esto no traía tales cartas, respondióle el Rey que si el rey de Inglaterra alguna cosa le enviase a decir, que le respondería. E con esta respuesta se fué» (8).

Cosa de un año después, «a quince días del mes de diciembre de 1415, llegaron a Perpiñán, por embajadores del rey de Inglaterra, mosén Juan, maestre en Santa Teología, e Juan Gut-Troton, ayo del dicho rey de Inglaterra, al Rey de Aragón, con cartas de su rey sobre razón de demandar en casamiento a la infanta Doña María su hija. E el Rey los recibió muy bien, e diéronles posadas e todas las cosas que menester les facían.

»El Rey de Aragón quisiera casar a Doña María con el rey de Inglaterra, porque era mayor que el rey de Castilla —el niño Juan II, su primo, con quien estaba prometida—. E teniéndolo ya el Rey cerca de concertado con los embajadores de Inglaterra, hablaron la Reina y él con la infanta Doña María, y dijéronle cómo el rey de Inglaterra era un rey muy poderoso e muy rico y esforzado, y la enviaba a demandar en casamiento, y que por eso eran venidos a él los embajadores de Inglaterra: por quanto el rey de Castilla era de menor edad que ella, y el rey de Inglaterra era ya hombre, y ella que se iba haciendo mujer, que les parecía que era buen casamiento. E, por ende, que se lo decían porque querían saber si la placía dello.

(8) Manuscrito de la Colombina, folio 260.

»La infanta no respondió cosa alguna. El Rey la mandó responder. A ella se le hinchieron los ojos de agua, y dijo así :

»—Señor, ¿cómo tan mal me queredes que me queredes arredrar de vos, que vos yo nunca vea? Que si yo supiese que había de ser arredrada de vos por casar con el mejor hombre del mundo, yo no lo querría hacer, placiendo a vuestra merced.

»El Rey le dijo muchas cosas, diciendo que Inglaterra no era tan lejos como ella pensaba : poco más lejos era que Castilla. E que no podría ella casar tan a su honra como con él. E como quiera que el Rey calló, ella le dijo :

»—Señor, yo al fin he forzado de facer lo que vuestra merced mandare. Mas si vuestra merced fuese, yo aquí querría estar, e ser con vos.

»E partido el Rey, la infanta dixo a la Reina, hablando con ella :

»—Señora, el Rey mi señor e vos ¿no me tenedes dicho que el rey de Castilla es mi señor e mi esposo? ¿Pues por qué me partides dél para me dar a gentes estrañas, que no sé qué será de mí?

»La Reina le dixo :

»—Verdad es que el rey de Castilla es vuestro esposo, mas es niño e vos sodes mujer. Por ende, ahí quedará para Doña Leonor, vuestra hermana, que es niña como él, que vendrá bien el casamiento.

»E la infanta le respondió :

»—Señora, el rey de Castilla es mi señor, e si el Rey mi señor e vos quisiéredes, magüer que él es niño, yo esperaré fasta que él sea ome, o cuando su merced e vuestra mandaren.

»E la Reina le dixo :

»—Vos no debedes enojar al Rey, que sabe lo que hace. Que si él non entendiese que vos daban lo que a vos cumplía no vos lo darían. Que a vos no se vos entiende de más desto que decís.

»E el Rey dió respuesta a los embajadores, e partiéronse muy pagados de la infanta para el rey de Inglaterra.»

* * *

No se realizó este proyectado enlace, y Enrique V vino a casar, cinco años después, con Catalina de Francia, hija de Carlos VI. No por esto se desentiende nuestro cronista Alvar García de terneros al corriente de los episodios sucesivos de la guerra de Cien

años. Fresco el recuerdo de la magnífica realización cinematográfica del texto shespiquiano, he aquí cómo consigna nuestra *Crónica* la jornada de Azincourt:

«Agora dexa la Historia de contar desto, e contaremos la pelea que ovo el rey de Inglaterra en este año con los franceses, cerca de Añaflor. En este año, el rey de Inglaterra fizo una muy grande armada, de muy mucha flota de carracas e naves e galeas e urcas e valengueres, que decían que eran más de mil e trecientas fustas, con muy mucha gente de armas, con todo su poderío, e vino a desembarcar a Calé.

»E pasó por Añaflor, e fué haciendo guerra a cercando lugares del reino de Francia, E por las grandes aguas e fríos que facían en el dicho reino, e por pestilencia que cayó en la gente del rey de Inglaterra, el rey de Inglaterra se retraxo para Añaflor, para dexar ende los dolientes; e después para se ir embarcar en sus navíos, en Calé.

»E los grandes señores de Francia, que estaban ayuntados, que le facían guerra, en oyendo decir que se iba el rey de Inglaterra, dixeron que huía. E fueron en pos dél, e viniéronse a fallar los franceses con los ingleses a la hora en un valle, en manera que la pelea no se pudo escusar. E pusieron sus batallas, e ovieron su pelea muy porfiada; tanto que venció el rey de Inglaterra, e fueron ende muertos muchas gentes de ambas partes, que decían que serían más de mil personas.

»E fueron presos en poder del rey de Inglaterra el duque de Orlienes, e el duque de Borbón, e el mariscal de Francia, mosén Bochicalte..., e otros muchos caballeros, que por no alongar dexo de escribir. E el campo quedó por el rey de Inglaterra. E vínose con su buena andanza para Calé, do embarcó en sus navíos, e fuése a Inglaterra» (9).

* * *

También ahora yo quisiera evocar una singular expedición a las costas inglesas, realizada hace cinco siglos y medio en navíos castellanos, exactamente el año 1405, y narrada primorosamente por uno de los expedicionarios. Estos no eran ni turistas, ni comercian-

(9) Manuscrito de la Colombina, folio 284.

tes, ni hombres de ciencia; no eran ni emigrados políticos, ni pensionados en el extranjero. Eran hombres de guerra que, tripulando tres pequeñas galeras, armadas en Santander, consiguieron lo que no han logrado después Napoleón ni Hitler: poner pie militarmente en la tierra de la Gran Bretaña, y combatir en su casa a los ingleses.

Una hazaña así, es ya cosa notable por sí misma. Pero ésta lo es todavía más por el espíritu con que fué realizada y, sobre todo, narrada. He aquí que, además del motivo político que ahora recordaré, la expedición llevaba un impulso sentimental: vengarse del caballero corsario Harry Paye, de Poole, comandante de los Cinco Puertos. «Este Arripay quemó a Gijón e a Finesterra, e llevó el crucefijo de Santa María de Minesterra, que era nombrado por el más devoto de todas las partidas; e así era verdad, e yo le ví». Pues el cronista, además de hombre piadosísimo, era gallego, en mi opinión. Con todo esto, y aquí viene lo extraordinario, este cronista, que era el alférez o abanderado del grupo, habla de Inglaterra y de los ingleses, no ya sólo sin odio ni rencor, antes bien con la mayor admiración y afecto.

Es algo maravilloso y ejemplar. Que tantos como hemos hecho alguna vez el viaje de Inglaterra con fines pacíficos y espirituales podamos sentir y decir cosas amables, es lo normal y es justo. No hacemos más que corresponder a tantos ingleses como se han sentido atraídos por lo español. Los testimonios literarios abundan prodigiosamente. Desde el mismo prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, donde encontramos ya un caballero «que luchó en el reino de Granada, durante el cerco de Algeciras» (que duró de 1342 a 1.344); y un marino «que no había otro como él, de Hull a Cartagena, para conocer las mareas, las corrientes, los peligros, los fondeaderos y la posición de la luna, porque era diestro en el pilotaje», que «conocía todos los puertos de Gotlandia al cabo Finisterre, y también todas las radas de España y Bretaña»; y una viuda de Bath que había hecho la peregrinación de Santiago de Galicia. Allí, en el Cuento del Monje, encontramos el elogio del rey Don Pedro de Castilla: «¡Oh, noble y digno Pedro, gloria de España, a quien la fortuna puso en tan alta majestad! ¡Cuán de lamentar en tu lastimosa muerte!» Allí, en el Cuento del Bulero, encontramos el elogio del vino de Lepe: «Guardaos del vino blanco y del tinto, y en particular del blanco de Lepe, que venden en Chepe y en Fish Street. Porque este vino de España deslízante

sutilmente en otros vinos que crecen aquí cerca, y de ellos emana tal aroma que basta que un hombre beba tres tragos para que, cuando piensa estar en su casa de Chepe, se halle en España y en en el mismo Lepe, que no en La Rochela o en Burdeos».

Sí; pero nuestro cronista castellano, además y primero que un hombre de letras, es un beligerante. El mira las costas de Inglaterra desde la borda de un barco enemigo, que se acerca en son de guerra. El pisa la tierra de la Gran Bretaña haciendo sonar las piezas de su armadura y luchando a vida o muerte. Y sin embargo, todo lo ve con simpatía, con la más abierta y más cordial simpatía. Y ni el trueno de las lombardas, ni el silbido de las ballestas, ni los botes de las lanzas, ni los golpes de las mazas y de las espadas perturban esta invencible simpatía.

Se llamaba Gutierre Díez de Games, y su libro *El Victorial* (10). Este libro es una pieza excepcional por muchos conceptos. Es, a la vez, un tratado de la Caballería y la crónica de un caballero particular, el valiente y deportivo don Pero Niño, conde de Buel-

(10) De este libro tenemos, hasta ahora, cinco ediciones:

a) *Crónica de Don Pedro Niño, conde de Buelna, por Gutierre Díez de Games, sualférez. La publica Don Eugenio de Llaguno Amírola, caballero de la Orden de Santiago, de la Real Academia de la Historia.* En Madrid, en la Imprenta de don Antonio de Sancha, año 1782. (Texto mutilado, en el que se han suprimido todos los capítulos y pasajes legendarios). VIII + 236 págs.

b) *Le Victorial. Chronique de Don Pedro Niño, comte de Buelna, par Gutierre Díaz de Gámez, son alférez (1379-1449).* Traduit de l'espagnol d'après le manuscrit. Avec une introduction et des notes historiques, par Le comte Albert de Circourt et le comte de Puymaigre. Paris, Victor Palmé, libraire éditeur, 1867. (Primera edición del texto completo, en su versión francesa, con muy útiles notas ilustrativas.) XIX + 591 págs.

c) *The Unconquered Knight. A Chronicle of the deeds of Don Pero Niño, Count of Buelna. By his standard-bearer Gutierre Díaz de Gámez (1431-1449).* Translated and selected from *El Victorial*, by Joan Evans. London, George Routledge, Broadway House, 1928. (Amplia selección, vertida al inglés e ilustrada con miniaturas de la época y un mapa.) XV + 232 págs.

d) *Gutierre Díez de Games. El Victorial. Crónica de Don Pero Niño.* Edición, prólogo y notas de Ramón Iglesia. Madrid. «Signo», 1936. (Es una linda y cuidada selección). 163 págs.

e) *El Victorial. Crónica de Don Pero Niño, conde de Buelna, por su alférez Gutierre Díez de Games.* Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo. Colección de Crónicas Españolas, I. Madrid. Espasa-Calpe, 1940. (Es la primera edición completa del texto original castellano.) LXXXII + 397 págs. Por esta edición hago las citas siguientes.

na. Es el texto literario de la baja Edad Media más lleno de noticias sobre la vida en el mar; y en este sentido ha sido muy utilizado por especialistas, entre ellos Robert Southey, en sus *Vidas de los almirantes ingleses* (1833). Es la crónica española más informativa para la historia de las costumbres, henchida de cuadros deliciosos de la vida caballeresca en la época del gótico florido. Es la combinación más equilibrada que puede imaginarse de un libro de aventuras, tan extraordinarias como reales, con un repertorio de doctrinas caballerescas y de principios morales, desarrollados en ejemplos.

He aquí la noble Caballería, en su más fervorosa exaltación :

«No son todos caballeros cuantos cabalgan caballos; ni cuantos arman caballeros los reyes son todos caballeros... E non es ni deben ser entre los oficios oficio tan honrado como éste es. Ca los de los oficios comunes comen el pan holgando, visten ropas delicadas, manjares bien adobados, camas blandas, sahumadas. Echándose seguros, levantándose sin miedo, huelgan en buenas posadas con sus mujeres e sus hijos; e servidos a su voluntad, engordan grandes cervices, facen grandes barrigas, quiérense bien por hacerse bien e tenerse viciosos. ¿Qué galardón o qué honra merecen? No, ninguna.»

«Los caballeros, en la guerra comen el pan con dolor; los vicios de ella son dolores e sudores: un buen día entre muchos malos. Pónense a todos los trabajos, tragan muchos miedos, pasan por muchos peligros, aventuran su vidas a morir o vivir. Pan mohoso o bizcocho, viandas mal adobadas; a horas tienen, a horas no nada. Poco vino, o ninguno. Agua de charcas o de odres. Las cotas vestidas, cargados de fierro; los enemigos al ojo. Malas posadas; peores camas. La casa de trapos o de hojarascas; mala cama, peor sueño.»

Gutierre Díez se alaba por igual de su erudición y de su experiencia: «E yo, habiendo leídas e oídas muchas grandes cosas de las que los nobles e grandes caballeros ficieron... E yo, Gutierre Díez de Games, criado de la casa del conde don Pero Niño, conde de Buena, vi deste señor todas las más de las caballerías e buenas fazañas que él hizo, e fui presente a ellas; porque yo viví en su merced deste señor conde desde el tiempo que era de edad de veinte y tres años, e yo de él tanos, poco más o menos. E fui uno de los que con él regidamente andaban, e ove con él mi parte de los trabajos, e pasé por los peligros dél e aventuras de aquel tiempo. Porque a mí era encomendada la su bandera: tenía cargo de ella en los

lugares donde era menester. E fui con él por los mares de Levante e de Ponente —el Mediterráneo y el Atlántico—, e vi todas las cosas que aquí son escritas... E fice dél este libro, que fabla de sus fechos, e grandes aventuras a que él se puso, así en armas como en amores.»

No podemos ahora ni siquiera enumerar estas aventuras. Bástenos su empresa de Inglaterra.

Para comprenderla, debemos recordar la participación de ingleses y franceses en la guerra civil entre Don Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara, una intervención a pecho descubierto, que hizo de la contienda castellana un episodio de la guerra de los Cien Años. El partido legitimista ganó la batalla principal; pero el príncipe de Gales, el famoso Príncipe Negro, perdió la salud, y su protegido perdió la vida y el reino. Inglaterra sacó de esta aventura española dos princesas, hijas de la favorita Doña María de Padilla, que de retozar en los jardines del Alcázar de Sevilla pasaron a ser rehenes en Burdeos y esposas de los duques de York y de Láncaester. Y un rubí, regalo de Don Pedro, que todavía podemos ver, entre las joyas de la corona inglesa, en una cámara de la Torre de Londres.

Instalada en el trono, con la ayuda de los franceses, la dinastía de Trastámara, la del bastardo Enrique II, quedó ligada a la suerte de Francia por una alianza ofensiva y defensiva, ya establecida bajo Alfonso XI, que se mantuvo hasta los días de los Reyes Católicos. Cuando Juan I, el hijo de Enrique II, pretendió ser también rey de Portugal, los ingleses sostuvieron el partido de su rival Juan I de Avis, dándole por esposa a Felipa de Láncaester, procreadora de la «ínlita geraçao». El mismo duque de Láncaester reivindicó los derechos a la corona de Castilla de su esposa doña Constanza, y hasta se apoderó de algunas plazas de Galicia. Pero este litigio terminó con el Tratado de Troncoso, de 1387, mediante el matrimonio del heredero castellano, el futuro Enrique III, con doña Catalina de Láncaester.

Fernán Pérez de Guzmán nos ha dejado un buído retrato de esta señora, en sus *Generaciones e semblanzas*: «Fué esta reina alta de cuerpo e muy gruesa, blanca e colorada e rubia. En el talle e meneo del cuerpo tanto parecía hombre como mujer. Fué muy honesta e guardada en su persona e fama, liberal e magnífica; pero muy sometida a privados e muy regída de ellos, lo cual, por la mayor parte, es vicio común de los reyes. No era bien regída

en su persona. Ovo una grande dolencia de perlesía, de la cual no quedó bien suelta de la lengua ni libre del cuerpo. Murió en Valladolid, en edad de cincuenta años, año de 1418.»

Ni el Tratado de Troncoso, ni la influencia de la robusta y voluntariosa Doña Catalina sobre el enfermizo Enrique III, pudieron apartar a la corte castellana de su alianza francesa, que a cada paso reclamaba la ayuda naval contra Inglaterra. Ya en 1380, una expedición de veinte galeras, armadas en Sevilla, al mando de Fernán Sánchez de Tovar, llegó hasta la misma ciudad de Londres, causando grandes daños en las costas inglesas. Ahora, en 1405, rota la tregua de París, precisamente cuando los reyes de Castilla lograban un hijo varón, el futuro Juan II, llegaron embajadores de Francia, pidiendo ayuda de galeras. El rey acordó armar de momento tres galeras y enviarlas con Pero Niño, que ya se había distinguido en otra empresa naval contra piratas berberiscos.

* * *

Nuestro cronista empieza el relato de esta nueva expedición, pero pronto se interrumpe, para explicar cómo empezó la guerra entre Inglaterra y Francia; y aún, tomando la cosa desde mucho más arriba, para explicarnos «cómo son los ingleses diversos e contrarios de todas las otras naciones de cristianos». Son deliciosos estos ensayos de psicología nacional o colectiva, en los que Gutierre Díez se nos muestra como un remoto precursor de don Salvador de Madariaga.

«Los ingleses —dice— son unas gentes muy diversos en condiciones e desavenidos de todas las otras naciones. Estas maneras han ellos por muchas razones. La primera es porque les viene así de su naturaleza, de aquellas gentes donde ellos vienen. La otra es porque viven en tierra muy abastada de viandas e buires —bebidas— e rica de metales. E la otra es que son muchas gentes en poca tierra, aunque la tierra es grande, mas dígolo a respecto de la mucha gente que en ella hay. Dicen que en aquella tierra nunca hay mortandad grande, ni mal año. Otrosí, son cercados de mar, por lo que no han miedo de ninguna nación.»

En otro lugar dice que los ingleses «no querían aver paz con ninguna nación, porque con la paz les va a ellos mal, ca son tanta gente que no caben en su tierra, e muchos de ellos en tiempo de

paz no se pueden mantener». Hay en otra parte la siguiente comparación: «Dice aquí el autor, sobre este desacuerdo de Francia, que son tres naciones que cada unos acuerdan de su manera. Dice que los ingleses acuerdan antes de tiempo: éstos son prudentes. E los franceses, que nunca acuerdan fasta que están en el fecho: éstos son orgullosos e presurosos. Dice que los castellanos nunca acuerdan fasta que la cosa es pasada: éstos son ociosos e contiolectivos.»

Esta palabra merece que nos detengamos. El maestro don Ramón Menéndez Pidal, en su hermosísimo ensayo *Los españoles en la Historia*, que sirve de Introducción al volumen I de la *Historia de España*, de la editorial Espasa-Calpe, utiliza este mismo pasaje. Pero, fiándose de la primera edición, incompleta, del *Victorial*, preparada por Llaguno e impresa por Sancha (Madrid, 1782), dice que los castellanos son «ociosos e *contemplativos*». Sin embargo, los manuscritos escriben *contiolectivos*, y así lo hemos leído los condes de Circourt y Puymaigre en 1867, Ramón Iglesia en 1936, y yo mismo en 1940.

La palabra *conciolectivos* no se encuentra en los diccionarios al uso. Es uno de tantos neologismos como lanzaron, con diversa fortuna, los escritores prerrenacientes de nuestro siglo xv, sobre todo Juan de Mena. Tenemos su raíz latina, en *concio-concionis* (oración, arenga o discurso y junta), de donde ha salido *concilio*, así como las infrecuentes *conción* (sermón), *concinio* (elegante, aplicándose al lenguaje) y *concinidad*. De suerte que cuando Gutierre Díez de Games dice que los castellanos eran *conciolectivos*, es como si les llamara sermoneadores, discutidores o habladores. Creo que sobre la justicia de esta caracterización podrán opinar otros mejor que los mismos castellanos.

Volvamos a tomar el hilo de la aventura inglesa del conde don Pedro Niño. Su cronista nos cuenta la travesía desde Santander a La Rochela, donde se pone en contacto con los franceses. Pero antes de seguir adelante, para poner al lector en antecedentes, Gutierre Díez injiere en su *Crónica* toda una historia fabulosa de Inglaterra, a la que dedica unos ocho capítulos. Es la conocida leyenda de Bruto. En la vieja Historia, como en la vieja Física, la naturaleza tiene horror al vacío. Los orígenes nacionales interesan mucho, cuando de ellos se sabe muy poco. Pues bien, lo que no se sabe se inventa. Todos los pueblos han conocido estas invenciones.

En Inglaterra fueron precoces. La leyenda de Bruto aparece en 1135, en el libro primero de la *Historia Regum Britanniae*, de Geoffroy de Monmouth; y en 1155 Roberto Wace traslada esta narración a su *Román de Brut*, en el que introduce un astrólogo español que asiste al rey sajón, y adivina por el vuelo de las aves los planes del enemigo. No podemos deternos ahora en considerar cómo presenta Gutierre Díez esta vieja leyenda, que es una especie de transposición de la *Eneida*, un intento de relacionar la historia más antigua de Inglaterra con la epopeya homérica. Pero sí quiero recordar que esta leyenda tiene en suelo español, además del testimonio literario del *Victorial*, un testimonio artístico: el magnífico tapiz llamado de las Naves, del tesoro de la Seo de Zaragoza. Es una pieza de ocho metros de larga por 3,70 de alta, con diversos episodios marítimos y terrestres e inscripciones que los atribuyen a Bruto, el héroe legendario, hijo de Servio y nieto de Eneas. El tapiz debió de ser fabricado en Tournai, hacia mediados del siglo xv. Es, pues, contemporáneo de nuestro *Victorial*.

Todo esto no le parece bastante a Gutierre Díez para poner en situación al lector de las hazañas de don Pedro Niño. Aún necesita explicar el origen de la guerra de los Cien Años, de la que su empresa es un episodio más: «Agora contarvos he dónde ovo comienzo la guerra que agora dura entre Francia e Inglaterra». La explicación es una nueva leyenda, preciosamente referida: *la tragedia de la hija del duque de Guyena*. Con la sola base real del matrimonio de Leonor de Aquitania, esposa repudiada por Luis VII de Francia, con Enrique Plantagenet, conde de Anjou, que dos años después, en 1154, vino a ser Enrique II de Inglaterra, Gutierre Díez (o su fuente ignorada) forja un relato doblemente maravilloso, por lo que tiene de bello y lo que tiene de fantástico.

He aquí, ¡oh taumatúrgico poder de la poesía!, cómo la asendereada Leonor, que según los cronistas franceses, nada asustadizos, por cierto, fué una dama de costumbres poco severas, se convierte en una princesa de tan heroica y vidriosa honestidad que se hace cortar las manos que le besa su padre, y luego las recupera por intercesión de la Virgen, casándose con el hijo del rey de Inglaterra, que la encuentra en un navío abandonado en alta mar. El tema tiene dos paralelos sorprendentes. El uno es la doncella Arcayona, de cierto romance morisco. El otro es la princesa de Hungría, protagonista del *Román de la Manekine*, de Philippe de

Reims, del que pasó al teatro religioso francés de la Edad Media en un *Miracle de Notre Dame*.

Por supuesto, el editor del siglo XVIII, don Eugenio Llaguno, suprimió todas estas partes del *Victorial*, y trató de justificar su torpe cirugía: «En estas leyendas, que intercaló Games en el cuerpo de su obra —dice—, hay tal mezcla de absurdos, que hemos juzgado conveniente omitirlas, pues nuestro propósito no es publicar fábulas caballerescas, sino los monumentos genuinos de la Historia nacional. Acaso habrá quien diga que no hemos hecho bien, porque estas mismas fábulas sirven para la historia del entendimiento humano, y de la erudición de aquellos tiempos. Pero en esta parte nada se ignora: todo es ocioso, quando se sabe que no había delirio en materia de aventuras y fazañas que entonces no se creyese; y así no hemos podido vencernos a publicar disparates, poniéndonos en lugar de Gutierre Díez de Games, que seguramente no los publicaría si volviese ahora al mundo». Hasta aquí, Llaguno. Nosotros no pensamos así.

Todavía, y entrando ya en materia contemporánea y más histórica, se entretiene nuestro cronista en el relato de cómo destronaron los ingleses a «su buen rey Richarte», esto es, Ricardo II. Lo sentaron en una silla, revestido con sus atributos reales, y se los fueron quitando, uno a uno; tal como hicieron los castellanos en Avila, en 1465, con una efigie de Enrique IV. «Alzaron en su lugar por rey al conde Arbi, hijo del duque de Alencaste, hermano de la reyna de Castilla, que llamaron Doña Catalina». También se llamó Enrique IV el nuevo rey de Inglaterra, primero de la casa lancasteriana, padre de nuestro conocido Enrique V.

En su reinado ocurre la expedición de Pero Niño, que su cronista sólo se decide a narrar después de tan prolijos antecedentes.

En realidad son tres expediciones, con un intermedio francés y otro flamenco; la primera en 1405, y las otras dos en 1406. El cronista va diciendo sus experiencias ordenadamente, alternadas con los frutos de su erudición histórica y poética; pero no se cuida de mayores precisiones de tiempo, como a nosotros nos gusta.

Al hilo de su relato asistimos a un primer desembarco en las tierras de la Gironda ocupadas por Inglaterra, con el ataque y saqueo de los suburbios de Burdeos. Luego, al encuentro con Carlos de Savoisy, que se le une con dos galeras. Recorren juntos las costas de Bretaña, pasan una tormenta y abordan las costas de Cornualles, precisamente en *Chita*, que ha sido identificada con

St. Ives, en el Hayle River, puerto fluvial enfangado en la Edad Moderna. «Un lugar bien rico, en que podría aver hasta trecientos vecinos... Todo de mercaderes e de pescadores».

Desembarcados a gran peligro, los defensores de la tierra son puestos en fuga después de una gruesa pelea; y mientras los caballeros cubiertos de armadura permanecen formados en ordenanza, los galeotes y ballesteros entran a robar el lugar. A la salida, luego de tres horas de incendio y saqueo, con dos pequeñas naves capturadas, los arqueros ingleses cruzaron sus flechas con los viraciones de los ballesteros continentales. Y la presa fué puesta en salvo, y enviada al puerto de Harfleur.

Recorriendo la costa meridional de Inglaterra, desde su extremo sudoeste, los navíos de Pero Niño y «mosén Charles» llegaron a «una gran playa que llaman *Alamua*», es decir, Dartmouth, en la que aparecía «mucho hermosa gente de armas e de frecheros que venían de muchas partes para defender la ribera». El castellano y el francés discrepan sobre la oportunidad de un nuevo desembarco, que propone el primero; y sobre esto el cronista aduce sus ejemplos y moralidades: «Non facen la guerra broslados, nin forraduras, nin cadenas, nin firmalles; mas puños duros e hombres denoados. Vencer batalla es la mayor gloria de este mundo».

Esquivando la flota de Inglaterra, llegaron frente a *Pamua*, que es Plymouth. «Está sobre la ribera de un río, tiro de trueno de la mar larga. Está allí una puente que pasa de la villa sobre barcas, como la puente de Sevilla». Las galeras entraron en el río, pero tuvieron que retirarse ante la fuerte resistencia. «Lanzaron tantas lombardas e truenos de la villa, que los de las galeras cuidaron ser anegados. Piedra ovo y (allí) que pasó más alta que dos torres, e fué a la mar bien media legua».

El desembarco siguiente fué en la isla de Portland, donde se hicieron algunos prisioneros, entablándose después un fiero combate. «Enviaban de allende tantas flechas, que parecía como cuando nieva». La lucha duró gran tiempo, «fasta que los partió la noche», y la gente atacante se recogió a sus galeras.

Siguieron otras escaramuzas por la costa. La acción más dura fué la de *Pola*, es decir, Poole, lugar de «un caballero que llaman Arripay, que andaba siempre corsario, con muchos navíos, robando por la mar cuantos navíos podía alcanzar de España e de Francia»; el que quemó a Gijón y robó el Cristo de Santa María de

Finisterre. Este desembarco lo hicieron sólo los castellanos, y está contado con todo detalle y complacencia por Gutierre Díez, que ese día llevaba la bandera de Pero Niño.

Celebrado un consejo, los cómitres y pilotos opinaron unánimes que ya era tiempo de retirarse a los puertos franceses. Pero el capitán castellano dijo que antes quería ir a dar vista a Londres, y mandó poner este rumbo. Los marineros le engañaron, haciéndole creer que estaban delante de Londres cuando llegaron a la altura de *Antona*, es decir, Sauthamton, como se deduce de la descripción de Gutierre Díez.

Navegando hacia Bretaña, las galeras tocaron en las islas anglo-normandas para reponer sus provisiones de carne; sin hacer otro daño, «por cuanto es gente pobre, e non facen mal a ninguna gente, ni usan de armas». Con esta ocasión, Gutierre Díez opina sobre la guerra justa y las leyes de la guerra.

Hay que distinguir entre guerra con infieles y guerra entre cristianos. En guerra con cristiano, el rey sólo decide si es justa o no: los súbditos deben hacer lo que les mandare, según ley de Castilla. Pero se han de guardar cuatro cosas: La primera, que non mate hombre después que lo tienen en su poder, o preso o vencido. La segunda, que guarde las iglesias, no haciendo mal ni daño ninguno a los que a ellas se acogen, ni tomen cosa ninguna de lo que dentro en ellas es; salvo tanto que, non pudiendo aver de comer en otra parte, pueda tomar vianda para aquella ora, e non más, convenientemente, con que pueda pasar él e su cavallo, porque no perezca de hambre. La tercera, que a las mugeres que non se llegue, ni tome ninguna muger, casada ni soltera... La cuarta es non quemar panes (es decir, sembrados) nin casas; porque aquel daño e mal alcanza a los inocentes e a los párvoles, que non ficieron por qué. E todas estas cosas mandó guardar siempre el capitán, en todas partes; salvo en tierra de Arripay, por cuanto quemó lugares en Castilla».

* * *

Ahora, después de esta feliz campaña marítima, en la que no ha sido posible que nos detengamos, se abre en la biografía de don Pedro Niño una etapa o intermedio francés, colmado de venturas. Las galeras remontan el Sena para pasar la internada en

Ruán, y Pedro Niño recibe por todas partes atenciones y homenajes.

Al cronista le agradan los franceses: «Son noble nación de gente. Son sabios e muy entendidos e discretos en todas las cosas que pertenecen a buena crianza, en cortesía e gentileza... Son francos e dadivosos. Aman facer placer a todas las gentes; honran mucho a los estrangeros... No son maliciosos... Son muy corteses e graciosos en su fablar. Son muy alegres; toman placer buenamente, e búscanlo». Ansí, ellos como ellas son muy enamorados, e précianse dello».

Entonces vivió Pedro Niño algunas de las jornadas más dichosas de una vida bien lograda. En especial, los tres días que pasó en el palacio campestre de Sérifontaine, invitado por el viejo almirante de Francia Renaud de Trie y su bella, joven y espiritual esposa Jeannette de Bellangues. Las páginas en que Gutierre Díez nos cuenta esta visita son uno de los testimonios más expresivos de la vida señorial, y de los textos más felices y jugosos de la literatura de la baja Edad Media.

Desde allí fué Pedro Niño a París, a reclamar la paga de sus galeras. El cronista intercala dos capítulos de antecedentes, para explicar, no sin cierta fantasía, la historia de las relaciones entre Francia e Inglaterra en el último medio siglo. Hay aquí algunos lindos escorzos, como el asombro de los heraldos del príncipe de Gales, que ha llegado hasta el bosque de Vincennes, al encontrar a los duques franceses bailando en una fiesta, y recibir sus burlas. Al entrar en la batalla, el príncipe inglés «querría más en aquella hora quinientas pipas de vino que mil hombres armados de refresco. Esto decía él porque los ingleses beben bien el vino, e avía días que no lo avían bebido».

Pedro Niño triunfó en París en un famoso torneo. Justo «en este comedio finó el buen cavallero almirante de Francia, e madama de Girafontayna envió por Pero Niño, e habló con él toda su hacienda; e de allí adelante fueron enamorados». Aquí de los elogios de Games a la viuda: «fermosa e buena e joven, e muy placentera, gentil e alegre e deseada»; que «allende desto era muy rica e de grand seso. E diéronse entramos ricas joyas», concertando que ella le esperase dos años cumplidos.

* * *

Como ya ha pasado la invernada, Pedro Niño repara sus galeras y se hace de nuevo a la mar, en busca de los ingleses. Le acompaña, otra vez, Charles de Savoisy. Ya no pueden volver a la costa de Cornualles, que saben apercebida, y deciden atacar la costa del mar de Norte, por encima del Támesis. Cruzan el paso de Calais en medio de una tormenta (y ya sabemos muchos lo que son aquellas aguas con un poco de temporal, aún sobre mejores navíos que aquellas cáscaras de nuez); peligran sobre los bancos de Flandes, y, finalmente, enderezan al puerto de *Oriola* (Orwell, cerca de Harwich).

Cuando divisaron la villa, detuviéronse las galeras en el mar, para no ser vistas desde tierra, y prepararon el desembarco para el día siguiente. En el consejo celebrado en la galera del capitán, Pedro Niño reclamó el puesto de mayor peligro, que era un puente por el que debían llegar los socorros al enemigo. Allí pensaba armarse caballero. Pero un viento fortísimo impidió la operación y arrastró los navíos hasta las costas de Flandes, tomando puerto en La Esclusa.

«Allí fué bien recibido el capitán, e ovieron grand plazer con él las gentes de aquella tierra, por quanto avía nuevas a aquella sazón que avía de venir allí la flota de Angliaterra. De allí fué el capitán a la ciudad de Brujas, que está de allí seis leguas —en realidad son tres—. Estaban allí muchos mercaderes de Castilla, que le facían muchas honrras e serviçios. Compró allí el capitán paños, armas e joyas, e volvióse al Esclusa».

Otra vez en el canal de Flandes, las galeras pasaron por delante de Calais, «una villa de Angliaterra que está en la parte de Francia». El capitán quisiera acercarse y arrancar algunos navíos; pero no les fué posible porque empezaba la menguante, y de la villa tiraban muy fuertes lombardas. Aquella noche se acogieron a un pequeño puerto inmediato, ya en dominio francés, en el que estaba por capitán un español llamado Ochoa Barba; y al día siguiente salieron para pasar a Inglaterra.

Apenas en alta mar, apareció la armada inglesa, mucho más numerosa y mejor artillada. Reunido el consejo, los franceses opinaron por no presentar combate, pero se impuso el capitán. «Esforzando su gente, mandó dar vino por crujía, ca allí es ello muy neçesario, e face grand provecho; porque las galeras facen abstençia de vino, e quando lo beben, beben poco dello. Tal vino

como éste trae provecho, e dar esfuerzo e alegría al que lo bebe. Este es el vino de que fabla el profeta, donde dice: el vino alegra el corazón del hombre, e el pan lo confirma».

No tenemos muchas ni buenas descripciones de un combate naval en la Ededa Media. Esta del *Victorial* es una de las mejores. Describe la habilidad maniobrera de los ingleses, el arrojo de los castellanos y la prudencia de los franceses, que se apartaron de la lucha desde que el viento les fué contrario. Primero fué una recia batalla de «saetas e dardos, e truenos e piedras. Llevaba el capitán unos viratones aderezados con alquitrán, con los que les quemaba las velas». Luego, el abordaje.

Pero «no peleaban todos de un corazón». Se levantó el viento de la mar detrás de los ingleses, con lo que éstos pudieron utilizar a placer sus velas. Los franceses y los castellanos se fueron retirando, hasta dejar sola la glare de Pero Niño. El dijo:

«—El que oviera miedo eche a fuir, que desta vez, o ellos llevarán a nos a Angliaterra, o nos a ellos para Francia; o morirá quien Díos quisiere.»

Los marineros castellanos maniobraron su galera sin que se diera cuenta Pero Niño, y lo sacaron del peligro. Al cabo, franceses y castellanos unieron de nuevo sus fustas, ya cerca de la tierra de Francia, e hicieron señas a los ingleses que se acercaran a pelear. Pero ellos ahora lo rehusaron. «Creo —dice con toda honradez el cronista—, creo que lo dexaron porque las grandes naos e la urca no las osaron meter donde estaban las galeras —que sería con poco fondo—, e aun porque el viento les era ya escaso sobre la tierra».

* * *

Aquí engarza el cronista unas bellas moralidades contra el viento y la fortuna. Fortuna en el sentido medieval de esta palabra, exactamente opuesto al que ahora le damos, por una sorprendente evolución semántica. En la lengua del siglo xv, *fortuna* quiere decir *tormenta* y *malaventura*. El *Libro de las bienandanzas e fortunas*, de Lope García de Salazar, además de otras muchas cosas, es la historia de sus prosperidades y adversidades.

En este caso, los castellanos pensaron que el viento les había

arrebatao una victoria inminente. «Si tardara una hora que non viniera el viento, el capitán ganara toda aquella flota de Ynglaterra. Aquella flota armó el rey de Ynglaterra, e enviaba en ella una su hija a casar con el duque de Holanda, e muchos grandes caballeros con ella, e grandes señoras, damas e damiselas, e grand riqueza. Así que tenía bien con qué se quejar».

Efectivamente, en aquella flota iba Felipa de Láncaster, hija de Enrique IV de Inglaterra, a casarse con el rey de Dinamarca, no con el duque de Holanda. Sabemos que esta flota zarpó de King's Lynn para Dinamarca en septiembre de 1406. Cuando las galeras castellanas salían de Ruen para este viaje, ocurrió un eclipse de sol, que Pero Niño explica graciosamente a los marineros para disipar su temor. Nosotros podemos fechar este eclipse, que tuvo lugar al amanecer del día 17 de junio. Con estas dos fechas remediamos la falta de cronología de nuestro cronista.

Los últimos episodios ocurren a la vista de Gravelinas, y de una guarnición de castellanos que estaban allí, a sueldo del rey de Francia. El capitán y sus auxiliares franceses recorrieron la costa de Picardía, repostándose allí para volver contra Inglaterra. Pero el tiempo, duro y contrario, los retuvo más de un mes en puerto, con lo que se perdió la buena sazón para repetir los desembarcos en la costa inglesa, y se agotaron los recursos de los aliados. Charles de Cavoisy tuvo que separarse de Pedro Niño, y volvió a la corte de Francia dentro del mes de septiembre, mientras nuestro Pedro Niño enderezaba a Normandía.

Pronto se vió rodeado nuestro capitán de nuevos voluntarios franceses, dispuestos a seguirle a cualquier parte. El les arengó de este modo :

«—Señores cavalleros e gentiles-hombres: Bien sabedes cómo yo soy enbiado de mi señor el rey de Castilla en ayuda de la corona de Francia, a facer guerra a los ingleses; e otrosí, cómo yo pasé en este año pasado en Ynglaterra, e plogo a Dios de nos dar a mí e a mis gentes vitoria contra ellos en algunos lugares donde con nosotros pelearon, e fueron desbaratados, e ovimos siempre lo mejor dellos. E agora yo he corrido e andado toda la su costa, también la costa de Cornualla como parte de Bernalnorte, e fallo la gente toda levantada, venidos a guardar la costa; así que avría menester gran flota e mucha gente para descender en la costa e tomar la tierra... Ruégovos, cavalleros e gentiles-hombres que aquí

estades, que vos plega que nos juntemos vosotros e yo, e pasemos a la isla de Jarrasui, e que ayamos con los caballeros e con la gente que en la isla son una buena jornada.»

Este desembarco en la isla de Jersey, con la derrota de los defensores, a los que impone una fuerte contribución de guerra, fué la última aventura inglesa de Pedro Niño, y está contada con todo pormenor en su crónica. El dinero fué para sus tripulaciones y auxiliares. Pero Niño sólo obtuvo para sí de esta capitulación un tributo anual durante diez años de doce lanzas de armas, doce hachas de combate, doce arcos con sus flechas y doce bocinas o trompetas.

El reparto del botín y del rescate de diez mil coronas de oro se hizo en el puerto de Brest. De allí emprendió Pedro Niño su regreso a Castilla, una trabajosa navegación, en la que pasaron nuevos temporales y peligros, como el de encallar de noche sobre unas rocas cerca del Mont Saint-Michel.

Pero el cronista Gutierre Díez no se decide a desprenderse del tema inglés, y a propósito de explicar la identidad de nombre entre la Gran Bretaña y la Bretaña francesa hace un divertido capítulo, lleno de historias y noticias fantásticas, que en parte proceden del citado Geoffroy de Monmouth: «Segund que lo fallé en la *Crónica de los reyes de Angliaterra*. Ca este nombre, Angliaterra, quiere decir en otra lengua tierra de maravilla. Esto por muchas cosas maravillosas que en ella solía aver. E aún agora hay algunas dellas.»

Estas maravillas son: primero, los hombres *salvajes*, todos cubiertos de lana, que no vestían ropas ningunas (contra la idea vulgar, el salvaje aparece en la literatura y en el arte antes del descubrimiento de América); segundo, las *sierpes* y fuertes dragones que había en aquella tierra, seguros antecesores de ciertos monstruos de los lagos que han sido vistos en nuestro tiempo; tercero, unas aves que llaman *vacares*, que nacen en los árboles según la creencia vulgar, aunque un inglés muy entendido le explicó que nacían de huevos muy pequeñitos depositados en arbustos de los acantilados; cuarto, un pez llamado *pexe rey*, que tiene la misma figura de un hombre cubierto de armadura, según le confirmó aquel mismo inglés, que le dijo haber visto uno del tamaño de un dedo pulgar.

«E por estas razones que dichas he, e por otras muchas maravillas que en aquella tierra fueron e son, es llamada tierra de maravillas Anglaterra.»

Maravillosa es también toda esta aventura de Pero Niño, de la que sólo he querido hacer un índice de recuerdos, dejando intactos en su también maravilloso lenguaje noticias y comentarios.

JUAN DE MATA CARRIAZO

